

LUIS PÁSARA

# LA ILUSIÓN DE UN PAÍS DISTINTO

CAMBIAR EL PERÚ: DE UNA GENERACIÓN A OTRA

José ALVARADO JESÚS Diana ÁVILA

## Capítulo 10

Alberto DE BELAUNDE Salvador DEL  
SOLAR Fernando EGUREN Alberto  
GONZALES Álvaro HENZLER Max  
HERNÁNDEZ Indira HUILCA Natalia  
IGUIÑIZ Jimena LEDGARD Vania MASÍAS  
Farid MATUK Jaime MONTOYA UGARTE  
Abelardo OQUENDO Cecilia OVIEDO  
Tania PARIONA Fernando ROSPIGLIOSI  
Gerardo SARAVIA Cecilia TOVAR  
SAMANEZ Paloma VALDEAVELLANO  
Victoria VILLANUEVA Joseph ZÁRATE

**BIBLIOTECA NACIONAL DEL PERÚ**  
Centro Bibliográfico Nacional

985.004 I La ilusión de un país distinto: cambiar el Perú: de una generación a otra / [testimonios, Abelardo Oquendo, José Alvarado Jesús, Héctor Béjar ... et al.]; Luis Pásara, [entrevistas].-- 1a ed.-  
- Lima: Pontificia Universidad Católica del Perú, Fondo Editorial, 2017 (Lima: Tarea Asociación Gráfica Educativa).

396 p.; 24 cm.

Incluye referencias bibliográficas.

D.L. 2017-07453

ISBN 978-612-317-274-9

1. Realidad peruana - Siglo XXI 2. Intelectuales - Perú - Entrevistas 3. Celebridades - Perú - Entrevistas 4. Problemas sociales - Perú 5. Participación política - Perú 6. Perú - Política y gobierno - Siglo XXI 7. Perú - Condiciones sociales - Siglo XXI 8. Perú - Condiciones económicas - Siglo XXI I. Oquendo, Abelardo, 1930- II. Alvarado Jesús, José III. Béjar Rivera, Héctor, 1935- IV. Pásara, Luis, 1944- V. Pontificia Universidad Católica del Perú

**BNP: 2017-1864**

*La ilusión de un país distinto*  
*Cambiar el Perú: de una generación a otra*  
© Luis Pásara, 2017

© Pontificia Universidad Católica del Perú, Fondo Editorial, 2017  
Av. Universitaria 1801, Lima 32, Perú  
feditor@pucp.edu.pe  
www.fondoeditorial.pucp.edu.pe

Diseño, diagramación, corrección de estilo  
y cuidado de la edición: Fondo Editorial PUCP

Primera edición: junio de 2017  
Tiraje: 1000 ejemplares

Prohibida la reproducción de este libro por cualquier medio, total o parcialmente,  
sin permiso expreso de los editores.

Hecho el Depósito Legal en la Biblioteca Nacional del Perú N° 2017-07453  
ISBN: 978-612-317-274-9  
Registro del Proyecto Editorial: 31501361700693

Impreso en Tarea Asociación Gráfica Educativa  
Pasaje María Auxiliadora 156, Lima 5, Perú

## FERNANDO ROSPIGLIOSI

«EN UN PAÍS COMO EL PERÚ, OBTIENEN SE REQUERÍA  
UN CAMBIO Y HABÍA QUE COMPROMETERSE CON ESE CAMBIO...  
SI ES QUE SE QUERÍA HACER ALGO POR EL PAÍS, POR LA GENTE,  
POR EL MUNDO».

Claramente, la influencia decisiva en mí fue la Revolución cubana. Tengo un recuerdo fijado en la mente, puede haber sido el 1º de enero de 1959, mi padre en bata —era Año Nuevo probablemente—, hablando por teléfono con un amigo, y la frase que dijo: «Sí pues, Cuba era un burdel de los gringos». Yo era pequeño, eso me impresionó y lo recuerdo hasta ahora. Mi padre no era izquierdista y nunca lo fue pero al principio había esa idea, que estaba bien, que estos muchachos habían liberado Cuba.

Tengo recuerdos vagos, pero hasta donde me alcanza la memoria, estando en el colegio, en quinto de media, tenía cierta simpatía por el comunismo, en función de la revolución cubana. Eran cosas muy nebulosas, en esa época no había cosas que leer en el Perú, solo lo que salía en las noticias. Y yo no tenía contacto con nadie que fuera izquierdista o comunista.

Nunca tuve acceso al semanario *Libertad*. Ni mis amigos, ni la familia, nadie tenía ese tipo de inclinaciones; tampoco en el colegio. Ya en la universidad sí empiezo a conocer a gente que tenía inclinaciones izquierdistas, que tenía contacto y acceso a leer algunas cosas. No había mucho, pero en el Jirón Camaná había librerías que vendían alguna literatura izquierdista. Así empieza mi vinculación con la izquierda, con las ideas socialistas: la revolución cubana es lo decisivo. Estamos hablando de 1963, 1964.

Sin duda, el Che y Fidel eran las figuras más importantes para mí en esa época. En Vanguardia Revolucionaria, que era la gente que conocí, Ricardo Letts y Edmundo Murrugarra eran las figuras que admiraba, que escuchaba, a los que seguía. Luego empiezan las lecturas: Lenin, Regis Debray, Marx, Mao, en fin, lo que se podía conseguir. Un libro que me impactó mucho fue uno de Paul Baran, *La economía política del crecimiento*. Me impactó mucho porque era la demostración científica de que el capitalismo no funcionaba y que el socialismo era la alternativa.

Un libro que me impactó muchísimo también fue el de Fernando Claudín, el comunista español disidente, *La crisis del movimiento comunista*, que leí en 1973. La revista *Monthly Review* ya llegaba al Perú en aquella época y era indispensable para mí. Como decía Carlitos Marx, «había que cambiar el mundo, no interpretarlo».

¿Qué era la revolución? Más o menos, algo a imagen y semejanza de Cuba, Vietnam, Rusia y China, todo el paquete como revolución. Nunca fui pro-soviético, más bien fui antisoviético, pero el modelo revolucionario era ese. Lo que había que hacer era poner fin a la pobreza, la desigualdad y la injusticia; era el desarrollo de las fuerzas productivas, el progreso, la justicia, en fin, esos eran los ideales. Para alcanzarlos, la acción política era concientizar y organizar a las masas, derrotar a los enemigos, trabajar en los sindicatos, en el reparto de tierra. Eso fue condicionado por el momento que vivimos con el velasquismo. Pero esa era más o menos la idea, en eso estábamos embarcados y esas eran las tareas diarias que desarrollábamos.

Para mí era una cuestión de sí o no. Siempre he sido un radical: estar o no estar, no estar a medias. Entonces, me dediqué a eso en cuerpo y alma. Esa fue mi perspectiva de vida —eso y nada más— hasta que me salí. Doce años, exactamente doce, desde 1968 hasta 1980. En el aspecto familiar, estaba casado con Cristina, que era igual que yo, una militante; estábamos en lo mismo. La familia no fue afectada. Con Cristina estábamos dedicados a esto y compartíamos todo. Los chicos vinieron, Cristi en 1977 y Pablo en 1979 y nosotros nos salimos en 1980.

Con el resto de la familia... Era básicamente una familia de clase media, belaundista, antioligárquicos; entre ellos tampoco había demasiada politización. Mi familia siempre fue muy tolerante; mis padres, mis hermanos, nadie estaba de acuerdo con las cosas que yo pensaba o hacía, pero no me censuraron, no me rechazaron nunca.

Por el trabajo del partido he estado en Huánuco, Chiclayo, Trujillo y Arequipa. Para mí fue importante entrar a un mundo distinto, estar con gente pobre, con campesinos, trabajadores, empleados, maestros, que yo no conocía desde mi clase media de Lima. No me decepcionó esta experiencia de trabajo y nunca me he arrepentido de haber hecho eso.

En esas experiencias elaboraba lo que veía como que no tenían la suficiente conciencia de clase, que todavía les faltaba un poco y había que desarrollarla. Lo interpretábamos todos como que era una falta de conciencia, pero a la vez era gente que peleaba, que luchaba. Se pensaba que esa era una etapa y en la siguiente la conciencia avanzaría, crecería, se desarrollaría: ¡entenderán! Esa es la lógica cuando miras a través del prisma de la ideología.

Pero, en realidad, por ejemplo en los sindicatos, todos los grupos manipulábamos, todos los que estábamos ahí metidos y eso se justificaba de diversas maneras; pero la idea era ver quién se hacía de la dirección, más o menos a cualquier precio.

Había cosas que aparecían ahí, pero que no queríamos ver o no queríamos entender, porque no coincidían con la teoría que teníamos. Vistas las cosas después, desde otra óptica, todo parece más claro: la gente estaba en lo suyo.

«LOS DIRIGENTES  
IZQUIERDISTAS ERAN  
IGUALES A LOS DERECHISTAS:  
TODOS ESTABAN FASCINADOS  
POR EL PODER».

---

---

El cambio para mí fue, claramente, entre 1978 y 1980. En 1978 se reunió la Asamblea Constituyente. Como parte de mi trabajo partidario, en ese momento estaba orientado al periodismo en *Amauta* y en *Marka*, iba frecuentemente a la Asamblea y vi de cerca a los líderes de las izquierdas. Una conclusión a la que llegué rápidamente, y que me decepcionó tremendamente, fue que los izquierdistas eran iguales a los derechistas: todos estaban fascinados por el poder, por las cámaras, por los *flashes*, en fin, por todas las cosas que trae ser un congresista. Ilusamente, toda mi vida la había pasado en la clandestinidad, sin elecciones, sin nada y tenía la idea romántica de los militantes dedicados, entregados, que eran otra cosa. Los dirigentes de izquierda eran iguales a los de derecha; tenían ideas distintas, pero eran iguales en ese sentido.

Luego vino todo ese proceso de alianzas y rupturas, que también viví de cerca; participé en algunas reuniones de esas donde se discutía las alianzas; el programa se despachaba en dos minutos y luego venía la discusión sobre las listas y eran tres horas. Entonces ya estuvo clarísimo para mí que el tema que les interesaba era realmente el del poder. Todas las rupturas se produjeron por los problemas de quién encabeza la lista, quién va primero, quién va segundo. Hubo voto preferencial en la Asamblea Constituyente pero en 1980 transaron con los militares: no hubo el requisito de la mitad más uno para ser elegido en primera vuelta y las listas parlamentarias fueron cerradas —sin voto preferencial—, entonces los que estaban arriba en la lista eran los que entraban.

Por eso los líderes se peleaban por dirigir el partido, porque el que dirigía el partido era el que negociaba la lista. Lo vi claramente cuando tuvimos una reunión del comité central de VR, luego del fracaso del paro de enero de 1979 y hubo una pelea interna. Javier Diez Canseco era el líder en ese momento —secretario general o algo así— y Edmundo Murrugarra quería recobrar la dirección; lo hizo atacando a Diez Canseco como un parlamentario burgués, ¡lo comparó con Luis Alberto Sánchez!

Al final, cuando vio que las cosas iban por un determinado lado se subió a una posición recontra radical sosteniendo que la tarea principal era hacer la lucha armada, cuando ahí todos sabíamos que eso estaba descartado y lo que había que hacer era participar en las elecciones. Pero así funcionaba la cosa. Y Murrugarra se convirtió en cabecilla de esa tendencia, no para hacer la lucha armada, sino para ganar la dirección del partido, negociar y ser senador, porque quería ser eso. Y lo logró.

En las elecciones de 1978 participaron los audaces; los otros se quedaron afuera, mirando, a ver cómo iba la cosa. Cuando vieron que funcionaba, que por ejemplo Diez Canseco había logrado gran popularidad y prestigio en la Asamblea, todos querían entrar. Ahí me quedó clarísimo cómo era la cosa. Después vino la ruptura, el ARI [Alianza Revolucionaria de Izquierda] y todo lo demás. Eso fue, en términos de la práctica, decisivo para mí; ahí conocí lo que era realmente la izquierda, lo que eran sus líderes. Con Cristina llegamos a la conclusión de que no valía la pena dedicarse al cien por ciento y entregar la vida por una causa que era como esa. Toda la visión romántica se cayó.

Hubo otras cosas que sin duda también influyeron. Entre 1968 y 1978 tuvimos una ola social ascendente: se creaban miles de sindicatos, las masas peleaban, luchaban, salían a las calles, hacían paros nacionales. Pero eso cambió luego. Me acuerdo que con Óscar Dancourt y otra gente llegamos a la conclusión de que las masas lo que querían era su bienestar y punto. Y cuando se lograban ciertas cosas, como se habían logrado hasta ese momento, querían volver a la democracia. La revolución no les interesaba. Querían sus aumentos salariales y cambiar el gobierno; para eso era la democracia. No era que la gente fuera demócrata, sino que querían salir del gobierno militar que no les gustaba y ya.

Cristina y yo tomamos la decisión de salirnos y me salí el 18 de mayo de 1980. Puse mi cuota de sacrificio hasta el último día, el día de las elecciones, y entonces me salí. Luego ya vinieron otras cosas. En diciembre de 1980 comienzan las huelgas en Gdansk, en Polonia; eso para mí fue muy importante. Escribí después en *La Revista* una crítica del marxismo-leninismo como sistema. No era simplemente la deformación estalinista; era un asunto de otra naturaleza.

«SALIRNOS PARA NOSOTROS FUE  
UNA CRISIS... VER EL MUNDO  
DE UNA MANERA DISTINTA,  
BUSCAR OTRA ALTERNATIVA  
DE VIDA, FUE TRAUMÁTICO».

---

---

Obviamente, para nosotros fue una crisis. Después de haber estado doce años dedicados y haber enrumbado la vida por ese camino, entrar al mundo de una manera distinta, ver el mundo de una manera distinta, buscar otra alternativa de vida, en fin, fue traumático, fue complicado. El tránsito, sin embargo, no fue muy brusco. Fue un aterrizaje relativamente suave. Mis ideas no eran las mismas que antes, pero eran parecidas. Seguí manteniendo relaciones, amistades, con la gente de izquierda. El trabajo en periodismo, en el IEP y en ONG era más o menos compatible con lo que había estado haciendo antes. Eso fue así hasta que vinieron cambios en las ideas, mucho más fuertes, que ya me alejaron más o menos radicalmente de lo que pensaba antes y de todo ese grupo y de los amigos.

En ese proceso hubo algunos hitos. Señalé antes lo de Polonia, que fue muy importante para mí porque me hizo pensar todas las cosas que decía Vargas Llosa. Y hubo un par de libros que fueron decisivos para mí. Uno de Leszek Kolakowski, el polaco que se escapó en 1968 y se fue a vivir a Inglaterra; escribió un libro extraordinario: *Las principales corrientes del marxismo*. Tiene una frase en el epílogo, de la cual no me olvido, con la que titulé un artículo: «el marxismo ha sido la principal fantasía de nuestro siglo». Ese libro fue decisivo para mí, como la crítica radical al marxismo. Como tengo una cabeza que siempre necesita una interpretación de la sociedad, encontré una en Samuel Huntington, en *El orden político de las sociedades en cambio*. Luego leí todos sus libros.

Julio Cotler fue muy importante para mí cuando estuve en el IEP. Me bajaba a tierra. Yo a veces interpretaba que la izquierda era así debido al marxismo-leninismo y él me hizo comprender que era así porque son peruanos. No eran las ideas; eran así porque así es el Perú. Eso fue en términos de ideas: Polonia, Kolakowski, Huntington y Cotler me llevaron a un cambio radical. Si le pusiera una fecha, diría 1985.

En términos de vida, nosotros seguíamos siendo clase media, austeros. Lo que aprendimos como militantes nunca lo cambiamos, hasta ahora. Nuestra manera de ver el mundo no era igual, ciertamente, y durante un tiempo seguimos manteniendo amistades de izquierda, lo que se reforzó cuando llegó Fujimori porque entonces estábamos todos en el mismo barco, es decir, en la resistencia al fujimorismo. Eso fue importante, pero se rompió. En cuanto a las relaciones personales y políticas, a partir de 2001, cuando fui ministro del Interior con Toledo y decían que era un represor, un fascista. Ahí terminó el asunto.

«LA LUCHA ARMADA FUE UNA TEORÍA,  
DE LA CUAL NUNCA DUDAMOS, PERO  
QUE JAMÁS PUSIMOS EN PRÁCTICA Y  
NUNCA ESTUVO DEMASIADO CERCA».

---

Al principio no tenía ninguna duda: la democracia era una farsa, un instrumento de la clase dominante, lo que estaba corroborado por la realidad. En el Perú los golpes se sucedían, la izquierda siempre ilegalizada, a través de toda su historia; eso empezó a cambiar recién en 1978. Hasta entonces no había ninguna opción. Todas las revoluciones se habían hecho mediante la lucha armada: la rusa, la china, la vietnamita. Y esto se ve reforzado fuertemente por el golpe de Pinochet contra Allende, el 11 de setiembre de 1973. La izquierda había llegado al poder mediante elecciones democráticas y la tumbaron mediante un golpe militar, el imperialismo y la clase dominante. ¡Qué mayor demostración!

En 1975 los vietnamitas le ganan la guerra a Estados Unidos, que salen corriendo. ¡Qué mayor demostración de que en efecto sí es posible ganar una guerra a las clases dominantes y al imperialismo! Desde el punto de vista teórico, no había duda. Desde el punto de vista práctico, por lo menos para nosotros, los de Vanguardia, eso siempre fue una teoría. Al comienzo, no recuerdo si en 1968 o 1969, íbamos a hacer unas marchas por Cieneguilla, con un sol realmente espantoso, que me dejaban sediento y con los pies totalmente ampollados, pero más allá de eso no fuimos. Yo me imaginaba en la lucha armada, pero no sabía cómo, porque obviamente no soy una persona que puede ir al campo fácilmente ni por condiciones físicas... no era adecuado para eso. La otra cosa es que, por lo menos yo, sabía que en las ciudades te agarraban y te mataban, ahí no había escapatoria.

La lucha armada fue simplemente una teoría, de la cual nunca dudamos, pero que jamás pusimos en práctica y nunca estuvo demasiado cerca. No era claro si se trataba de una guerra popular estilo chino o de una insurrección estilo soviético. Había influencia maoísta —todos leíamos a Mao—, pero el Perú era un país muy urbano, ya en esa época. En la revolución china el 95% del país era rural. Por otro lado, también estaba lo que dijo Régis Debray, algo así como las ciudades son la tumba de los revolucionarios; los que hacen lucha armada nunca sobreviven en las ciudades. Así ocurrió con los tupamaros, el MIR chileno y todos los demás. Todos los dirigentes vivieron afuera: Lenin, Trotsky, Mártov, Zinóviev, Kámenev. Pero las discusiones en VR no eran demasiado profundas ni prolongadas, porque el tema no estaba en la agenda en ese momento.

Hubo un pequeño grupo de gente que, en fin, les gustaban las armas, hacían alguna cosa, entrenaban, pero ellos se escindieron del partido en 1970. Hubo una serie de rupturas con los trotskistas y también con este grupo, al que se le denominó militarista. Y luego vino la ruptura, mucho más tardía, con otro grupo —en 1978, si mal no recuerdo—, que se llamó Vanguardia Revolucionaria Político Militar. Muchos de estos terminaron en Sendero.



«LAS COSAS PUEDEN MEJORAR,  
NO TODO TIENE QUE SER TAN MALO.  
PERO YA NO MÁS UTOPIÁS, NO VA  
A HABER UN GRAN CAMBIO NI EL  
MUNDO VA A SER PACÍFICO  
Y PRÓSPERO; EL PERÚ, TAMPOCO».

---

¿Mi historia pudo ser distinta? La veo, por un lado, un poco fatalistamente: tenía que ser así. Los que vivíamos en ese tiempo, la gente de nuestra generación al influjo de la revolución cubana, al influjo del velasquismo, en un país como el Perú... obviamente se requería un cambio y había que comprometerse con ese cambio. No había muchas alternativas. Creo que llegué a eso porque tenía que llegar a eso; naturalmente, si es que quería hacer algo por el país, por la gente, por el mundo. Lo veo como una experiencia, aprendí mucho, me sirvió, ha marcado mi vida, no me arrepiento en modo alguno de lo que hicimos. Finalmente, no pusimos bombas ni matamos gente, organizábamos sindicatos, peleábamos por los salarios, por la democracia, por la mejora. Este asunto de la lucha armada, que lo decíamos y lo repetíamos, fue una influencia nefasta para alguna gente que creyó en eso, contribuimos a eso.

Creo que los jóvenes... mis hijos, a pesar de que crecieron en un ambiente progre, aunque ya no éramos militantes, nunca tuvieron mayor interés en la política. Eran distintos. Creo que lo que cambió fue la situación. En la década de 1980 China cambia, la Unión Soviética se derrumba, el mito cubano se viene abajo y, por otro lado, tenemos la barbarie de Sendero Luminoso y del MRTA [Movimiento Revolucionario Túpac Amaru]; la revolución es Sendero y el MRTA. Eso es lo que la gente conoce y los jóvenes también.

Algo que también marcó mucho a esa generación de jóvenes es el primer gobierno de García: la hiperinflación, el desastre, el desorden, la corrupción. El fuji-morismo también influye, ya no hay partidos, no hay identidades políticas, sálvese quien pueda. El que más roba es el más exitoso, a vista y paciencia de todo el mundo, exitoso e impune. Si desde la cumbre del poder te dan esos mensajes, creo que los jóvenes muy difícilmente se van a acercar a la política o a las ideas.

A veces leo a alguno de los jóvenes liberales, pero son contados con los dedos de una mano. Los jóvenes liberales de antes, que estuvieron alrededor de Vargas Llosa, ya cambiaron también. Ninguno de esos jóvenes, ahora viejos, cree en ninguna utopía. Creo que ese va a ser el mismo camino de estos jóvenes.

La utopía no existe. Para que haya utopía tiene que existir al menos algún lugar en el mundo donde haya existido o donde exista ahora, que te diga: esto es lo que queremos. Pero eso ya no; se acabó con la Unión Soviética. En el caso de China, en 1976 muere Mao y en 1978 se tumban a todos los de la Revolución Cultural, que para mí —bajo influencia de esos franceses que escribieron maravillas de la Revolución Cultural, que yo me creía en aquella época— había sido una especie de luz, una alternativa al desastre de la Unión Soviética... Y después de todo lo que se conoció de Cuba, a nadie se le puede ocurrir que ese es un camino. Y no hay ningún otro tampoco. No pienso que ahora alguien pueda creer en una utopía, de ningún tipo.

Tengo una visión escéptica. No tuve ninguna utopía de reemplazo. Todas mis lecturas me llevaron a otra cosa. Empecé a entender este enfoque de los anglosajones: el hombre es malo, no es bueno, hay que ponerle una serie de controles; si no, se desbanda y tiraniza al resto o se corrompe.

Mi definición personal en Twitter es «escéptico y peleador». Esa es mi definición. Soy escéptico, ya no creo que el mundo va a ser lindo. Sí puede ser mejor y por eso soy peleador, siempre estoy peleando. Creo que las cosas pueden mejorar, no todo tiene que ser tan malo. Pero ya no más utopías, no va a haber un gran cambio ni el mundo va a ser pacífico y próspero; el Perú, tampoco. Eso es una síntesis de lo que pienso ahora.